

ver á Enriqueta por primera vez, y que no le parecía lógico comprometer su porvenir sin pensarlo antes. Insistió, sin decir nunca que amaba á Enriqueta, pero sin declarar que no la amaba, porque tampoco hubiera dicho la verdad, pues se sentía inclinado hacia ella.

—¡Bah! ¡Bah! (dijo el tío Germán, que iba tan tieso como un cabo de gastadores.) ¡Todo eso se arreglará! ¡Bah! Yo no te meto á tu prima por los ojos, y si lo hubiera hecho, no serías ya tan desgraciado como eres. Te lo prometo: «te casarás con ella cuando quieras»; pero ten entendido que es la mujer que te conviene, y que si bajo el cielo hay una criatura perfecta.... ¡Ah, mi pobre Roberto; si tu padre se hubiera casado con una mujer como ella!....

Germán sintió que el brazo de Roberto se apoyaba con fuerza sobre el suyo, como rogándole que no le hablara de tan doloroso asunto.

—Sí, tienes razón; no hablemos más: lo pasado, pasado está: aquella desgracia ya no puede evitarse: buscad vosotros la dicha. ¡Pero no desperdiciéis la ocasión! ¿Piensas que soy un imbécil?... Ya vendrás tú mismo á pedirme casarte con ella.... ¡Ya me parece verte casado, y paseando con ella del brazo como esta mañana! ¡Hacíais una gallarda pareja! ¡Vién-

doos andar, me encontraba más satisfecho que si hubiera descubierto el movimiento continuo! Pero reparo que ya hemos llegado; ¿no es esta la estación de Saint-Cloud?

No quiso que Roberto siguiera acompañándole, porque quería elegir la casa á su gusto.

—No tengas cuidado, que elegiré buena vivienda; tengo buena mano; mano de coleccionista. Irás á vernos á menudo; sobre todo por las noches, ¿eh? Durante el día recorreré París para ver si puedo deshacerme de mi colección. Pero á la hora de comer iré á buscarte, y juntos iremos al lado de Enriqueta. ¿Queda convenido, eh?

—Convenido,—dijo Roberto alegremente.

## XI.

El primer amigo con quien se encontró Roberto, quedó sorprendido de verle sonreír, mostrando tanta alegría.

—¿Qué tenéis?—le dijo.

—Nada,—contestó éste.

No tenía nada, en efecto, pero era dichoso; estaba lleno de una satisfacción tan profunda, que no se la explicaba. Era tan dichoso ahora, como desgraciado había sido antes; por presentimiento, como cuando uno se despierta entris-

tecido ó alegre, sin saber la causa. Este estado de alegría parecía crecer por momentos. Se encontraba menos solo en París, é iba á menudo á Saint-Cloud. Había encontrado en Enriqueta y el tío Germán el consuelo de su corazón herido, la alegría de su alma y la sonrisa de la tranquilidad. Trabajaba con más desahogo. Veía ahora todo de color de rosa á su alrededor. Creía sentir la misma alegría que debe de sentir un prisionero á quien dan libertad.

Sí, era muy parecida á la alegría del cautivo que se ve libre. Se sentía libre, libre del pasado y libre de todo mal. Su imaginación se había despejado, arrojando fuera de sí todos los males que le causaron sus desventurados amores. Cuando pensaba en las torturas del pasado y en la tranquilidad del presente, se sentía revivir y renacer, respirando el aroma de la felicidad. Pronunciaba esa palabra tan dulce, propia de todos los idiomas: *¡Esperanza!* La llegada del tío Germán había sido la aurora de esta nueva vida. Desde aquel día, hacía apenas una semana, Roberto estaba rejuvenecido. Había conseguido el olvido: ¡el olvido, ese gran salvador del hombre! Al recordar el pasado, lo veía como á través de una densa neblina, y cuando pensaba en el mañana, se le imaginaba verlo dorado por los rayos del sol.

¡Mañana! Esta palabra era la calma, el reposo, era Enriqueta: este nombre le parecía cada vez más dulce y hermoso. ¡Enriqueta, que le amaba! El tío lo había dicho, y el tío no podía mentir. Mientras que él se atormentaba en París, precipitado algunas veces casi al abismo por las tempestades de la vida, allá, en lontananza, existía un ángel, de que él no se acordaba, murmurando cariñosamente su nombre, sentado en la galería, ó debajo de los frondosos árboles en la pradera.

— ¡He sido un ingrato! (pensaba.) Mientras que allí me prodigaban el culto del cariño y del recuerdo, yo les olvidaba hasta el punto de no escribir más que cuando una necesidad perentoria y egoísta me lo exigía.

De pronto variaba de pensamiento, reflexionando: Puesto que era libre, sí, libre, —y se repetía estas palabras muchas veces, sintiendo un gran alivio con ellas, —¿por qué no había de poder amar á Enriqueta y casarse con ella? ¿Quién se lo impedía? Y con este amor renacían todas sus ambiciones de otros tiempos, todos sus sueños dorados y todas sus esperanzas. Enriqueta podía hacer su felicidad. Las buenas cualidades que poseía esta niña venían á su memoria: seducción, gracia, amor, bondad: con todos estos encantos, sería suya. Pero no debía unir á aquel corazón de virgen

el nombre fatal de Roberto, cuyo corazón estaba lacerado por los desengaños. No obstante, su vida no había acabado; podía aún llevar la frente levantada y esperar días dichosos.... Se veía sinceramente amado por un corazón virgen, y esta alegría le transportaba de tal manera, que á veces tenía miedo de que una desgracia le arrebatara su dicha de un modo siniestro.

Su admiración, que no estaba desprovista de temor, era grande, al ver que no había vuelto René. Hacía muchísimo tiempo que no la veía, y estaba para él como muerta. ¡Ni quejas, ni reproches, ni persecuciones, ni cartas! ¡Nada! ¡Decididamente le había dejado en paz! En el fondo de su corazón no podía creer que esto parara allí; temía volverla á encontrar en su camino y sufrir una nueva persecución, protestas de amor que él consideraba como denigrante insulto. Pero no, René no se presentaría más.

René estaba en su casa enferma, sin fuerzas, retorciéndose con cólera en su lecho. La enfermedad la había atacado de frente. Tantas emociones, tantos choques, tenían que desordenar su temperamento, de ordinario tranquilo y apacible. Aquella fiebre que la minaba, aquel ardor que la abrasaba, la bilis revuelta por tanta rabia, se apoderaron de ella, destru-

yendo su naturaleza por completo. Una mañana no pudo levantarse; se incorporó en la cama, y, arropándose, quiso ver si estaba muy pálida; le trajeron un espejo, y vió con disgusto que sus ojos habían perdido toda su viveza. La clorosis daba un color siniestro á su fisonomía, haciéndola parecer una mujer vulgar, y en aquel desfigurado semblante aparecían dos rosetas encarnadas como las de los tísicos. René tuvo miedo; al verse tan descompuesta, se creyó condenada á vivir así, y llamó á su médico. Tenía miedo; pero no era la muerte lo que la aterraba: ¡era el espejo!....

El doctor la tranquilizó respecto á su estado.

—¡Yo no quiero permanecer así, doctor! ¿Qué tengo? ¡Soy mujer perdida!

El doctor sonrió, pronunciando algunas palabras técnicas, ininteligibles para ella, pero que René creyó siniestras. Dió un grito, y se dejó caer sobre las almohadas.

—Señora (dijo el doctor), esto no es nada; los etimologistas alarman siempre. Estad tranquila; tened calma, y os prometo una pronta curación.

—¡Calma! (dijo René, incorporándose un poco sobre la almohada, y mirando al doctor con ojos extraviados.) Pedirme calma (añadió), es como pedir que dé la salud yo, que tengo fiebre.

—Ya lo veo,—dijo el doctor.

—¿Será larga esta enfermedad?

—No, si os hacéis superior á esas emociones que os atormentan, socavando vuestra naturaleza. Esta enfermedad, oidlo bien, sois vos quien se la ha acarreado.

—¡Sois adivino; tenéis razón; soy yo quien la ha buscado! Pero, ¿puedo evitar el sufrir? ¡Ah, qué desgraciada soy, doctor!

Se dejó caer de nuevo, ahogando sordos suspiros y oprimiéndose el corazón con sus manos. El doctor se encontró perplejo, y miró su reloj; le esperaban en otra parte. Escribió rápidamente una receta, y se fué de puntillas, para que la enferma no le oyera. En el momento en que traspasaba la puerta, la dijo: «Tened mucha calma y tranquilidad». Y, saludando, se fué.

René levantó la cabeza bruscamente, y, encontrándose sola, volvió á coger el espejo que habían dejado sobre la cama al alcance de su mano, y se miró de nuevo. Le pareció que su palidez crecía; ahora eran las sienes, el nacimiento de la nariz y el rededor de la boca los que estaban de un amarillo ocre. Se desesperó al verse con aquel color y tan demacrada. Movió la cabeza, y se mordió de tal modo los labios con sus pequeños dientes, que éstos se pusieron morados. ¡Condenada á quedarse en

casa como una prisionera! Veía en esto una especie de nuevo insulto de Roberto para ella. Tenía deseos de levantarse y de ir á su casa, enferma, medio moribunda, y no separarse de él en toda su vida; pero su fisonomía le daba miedo. ¡Salir así! ¡Imposible! Seguía contemplándose, furiosa, disgustada y llorando, viéndose como se ve uno cuando el espejo está compuesto de pedacitos; tiró éste lejos de sí, y se puso á llorar como una niña.

Roberto, que ignoraba todo esto, estaba admirado de no verla aparecer. Podía respirar. Los días le parecían más claros y más largos. Trabajaba mucho, y aún le quedaba tiempo para ir muchas veces á Saint-Cloud á la casa que alquilara el tío Germán, y que Enriqueta había transformado, arreglándola con mucho gusto.

El tío se estableció con Enriqueta en lo alto de Montretout, en una casita muy alegre. Más de una vez llevaba á su sobrina á París, cuando iba á sus negocios; pero volvían en seguida á su nido, hecho entre dos grandes casas, que les hacían recordar el nido de Périgord, edificado también entre dos bosques. Por la tarde se reunían el tío Germán, Enriqueta y Roberto, y pasaban el tiempo hablando sin cesar de los grandes proyectos, de los sueños dorados, y las ilusiones pintadas color de

esperanza, volaban de uno en otro. Enriqueta recordaba á Roberto algunos episodios de su niñez, que él había olvidado, pero que ella tenía muy presentes y como grabados en su imaginación. Esto, que para él no tenía importancia á causa de su preocupación, era para ella una gran felicidad. Pero poco á poco Roberto se iba sintiendo invadido por la poesía de aquellos recuerdos. Mil episodios de aquel tiempo se le representaban como cantares mágicos. Los recuerdos de hechos recientes eran vagos, y los de la niñez empezaba á verlos más distintamente; la figura de Enriqueta se destacaba en su imaginación cada vez más resplandeciente, mientras que la de René se desvanecía en las tinieblas.

Era dichoso en aquella casa en que se veía tan amado. Luego, la casita era muy agradable: el tío Germán, como había previsto, la supo elegir. Estaba situada en la parte más elevada de Montretout, Saint-Cloud, que está edificado, como algunos pueblos de España, con las calles estrechas y tortuosas, y á lo lejos se veía un magnífico horizonte, descubriéndose el Bosque de Bolonia y las verdes praderas de Suresnes, destacándose con sus casas grises y sus inmensos lavaderos. Al otro extremo se veía en lontananza á París, resplandeciente con sus confusos ruidos, con su atmósfera

cargada de vapores y sus elevados edificios:

Cuando Roberto se encontraba allí, le parecía estar muy lejos de París. Se hacía la ilusión de que estaba en Périgord, bajo los castaños, en medio de los helechos, que pisoteaba riendo cuando era niño. ¡Ah! ¡Qué á gusto se encontraba, olvidando su nerviosa y atormentada vida! Los trabajos y preocupaciones de ahora eran para él muy agradables al lado de aquellos dos corazones tan queridos (Enriqueta y el tío Germán). ¡Se sentía amado! Y en la embriaguez de este amor, era feliz. ¡Sí! ¡Era amado! Enriqueta dejaba escapar su amor en cada palabra y en cada sonrisa. Roberto la contemplaba muchas veces con tierna emoción. ¡Qué tesoro de castidad en aquel corazón! ¡Qué secreta y desconocida voluptuosidad en una niña cuyo corazón se dilatava con el amor!

Roberto empezaba á corresponder á este amor, á esta afección, con una especie de agradecimiento lleno de piedad y de ternura para esta niña, que había conservado tan grato recuerdo de él y que había crecido amándole. Comparando aquella ternura, hasta entonces desconocida para él, con el amor ilícito y vergonzoso que había tenido por René, se avergonzaba de sí mismo, reprochándose severamente aquella aberración de su entendimien-

to. ¡Le parecía que Thévenin se presentaba á repetirle los consejos de otros tiempos y á desgarrar el presente con el pasado! Pero eran raras las veces que se detenía en estas consideraciones, por faltarle tiempo para reflexionar. Parecía renacer á la vida tranquila; sentía las alegrías, delicias y desvanecimientos de los convalecientes. En efecto: salía de una peligrosa enfermedad moral, de una terrible calentura. ¡Cuánta alegría sentía su alma al verse restablecido! Ardor, alegría, juventud, tranquilidad, todo esto, que estaba comprimido, brotaba de pronto al verse tan sinceramente amado, produciéndole una emoción irresistible de dicha. Un nuevo ser nacía en él. El tío Germán, sonriendo de satisfacción, seguía sin perder de vista esta metamorfosis. Calculaba esta transformación, como si hubiera tenido la mano sobre el corazón de Roberto y hubiera contado sus latidos.

—¡Victoria! (dijo á Roberto un día que estaban solos en el jardín.) ¡Enriqueta te ha conquistado!... ¡Mi querido sobrino se ha entregado de lleno! ¡Tú la amas tanto como ella te adora!

—¿Yo?—dijo Roberto, palideciendo.

—¡Pardiez!... ¡Sé bien lo que digo!... Además, ¿es eso difícil? ¡Mala peste! ¡Qué dichoso me haces, mi buen Roberto!

—Sí; quizá no os equivoquéis. ¡Quién sabe!... Es verdad que yo me he transformado, rejuvenecido; en mi interior hay una alegre satisfacción que yo no me puedo explicar; pero, ¿será esto amor? Me lo pregunto, trato de averiguarlo, y dudo.

—¡Qué galimatías (exclamó el tío Germán), y qué descontentadizo eres!

—Es preciso considerarme, querido tío, tal como soy, con mis faltas, con todos mis defectos, con mi mal humor y con mi carácter sombrío. Os lo diré todo, puesto que es preciso. He amado, y no me han correspondido, ó, mejor dicho, me han engañado, obligándome á despreciar. ¿Me comprendéis? Y como no hay nada tan cruel como el desprecio, no quiero cometer el segundo.

El tío Germán permaneció silencioso unos momentos, y después:

—Veamos (dijo); tú no me has hablado nunca de eso... ¿Era un capricho ó una pasión?

—¡Oh! Yo había puesto mi vida entera en ese amor.

—Eso sucede muchas veces, sí; pero, ¿qué quieres?... No quiero preguntarte más. ¡Dios me libre! ¿Ha concluido todo eso?

—Sí; todo ha concluido.

—Entonces, ¿qué es lo que temes? Eres un

escudriñador maldito, analizador como nuestras gentes del Mediodía. ¡Hele aquí, que compara á Enriqueta, que es nuestra sangre, con una coqueta cualquiera, soltera ó casada, eso no importa! ¿Y qué? ¿Vas á dudar de ti porque hayas dudado de otro? ¡Ah! ¡Qué tontería, querido Roberto! ¿Has tenido un amor? ¡Tanto mejor! Así podrás con más acierto comparar la diferencia entre el nuevo y el antiguo. ¿Has sido engañado? ¡Perfectamente! Así podrás apreciar mejor lo que vale un corazón sincero y un alma á la cual se puede uno entregar confiadamente. Y no razones ya más, desgraciado; no analices más: déjate llevar por esa corriente, que, mal que te pese, te conduce hacia ella. ¡Diantre! Créeme á mí, que he sido engañado como los demás: esa dicha que se te presenta, ¡óyelo bien!, no vayas á dejarla escapar.

—¡La dicha! (murmuró Roberto, escuchando la armonía de esta dulce palabra.) ¡Pues bien, sí (dijo, irguiéndose); es la dicha, la siento, la toco, y no quiero rechazarla más. Me entrego á ella, y le abro todo mi corazón, ya que el viento sopla hacia el amor!

Y tendió sus manos á su buen tío, que las estrechó con todas sus fuerzas.

Del lado de la casa se sentía ruido, y á través de los frondosos árboles, animados por la

primavera, llegó hasta ellos una hermosa voz que entonaba un cántico de su país: era Enriqueta, que, cantando, venía á reunirse con ellos.

Cada día, Roberto, á pesar de las dudas y vacilaciones producidas por sus últimas tristezas, amaba más á su prima. Hablaba con ella, y las admirables razones de la niña, su sonriente alegría y su dulzura, le cautivaban; se extasiaba mirándola; aquellos ojos negros y francos, aquel contorneado cuerpo le embriagaban; soñaba, y la imagen de ella, apareciéndosele como un ideal, borraba todas las demás de su imaginación. Enriqueta tenía un talento tan sutil y perspicaz, que adivinaba muchas cosas. Sus sonrisas disipaban las ironías de Roberto. Aparecía á su lado como una Hermana de la Caridad cicatrizando la llaga de un herido. Ella, en su grande inocencia, desconocía los azares de la vida, y, sin embargo, curaba con su talento y sus previsiones las llagas que las amarguras de ésta habían causado. Paseaban muchas veces juntos por el parque, y distraídos con la conversación, se alejaban sin darse cuenta de ello. ¡Se decían tantas cosas, aun sin desplegar los labios! Los árboles, las hierbas, los pájaros, las primeras flores, la naturaleza entera, parecían sonreír al contemplar su felicidad. Una ráfaga

de juventud y de vida les animaba. El sol aparecía sonriente á través de las ramas que se mecían movidas por el viento, pareciendo las gotas de rocío que de ellas caían, brillantes desprendidos de alguna corona del cielo. Aquel parque de Saint-Cloud, desierto hasta hacía muy poco, estaba ya poblado. Los héroes y los dioses de mármol, ennegrecidos por las lluvias, contemplaban desde lo alto de su pedestal la multitud que le invadía, entre la cual se destacaban los cascos de los soldados, que brillaban al reflejo del sol, y los delanteros blancos de las nodrizas, que, resaltando con el verdor del césped, daban al cuadro un aspecto extraño. Las ramas de los árboles se mecían como si estuvieran animadas por la música del regimiento que se oía tocar en el cercano cuartel.

Roberto iba silencioso, sintiendo el brazo de Enriqueta apoyado en el suyo. Miraba aquella larga avenida que conducía á Sèvres, observando cómo las hojas secas de los árboles caían, desapareciendo poco á poco impulsadas por el viento. Contemplaba la hierba en que las margaritas *sonreían* y los botones de oro brillaban al reflejo del sol, á los que las hojas de los árboles daban frescura con su sombra. Á través de las nacientes hojas, los tallos de las plantas trepadoras aparecían

como hilos de plata anudados. En el bosque no había apenas gente; algún anciano que otro que, sentado en un banco, se calentaba al sol, ó niños que jugando hacían en el suelo pequeñas casas de arena.

Enriqueta miraba á los niños, Roberto miraba á Enriqueta, y los dos se sonreían.

Muchas veces llegaban hasta Sèvres, tomando por una estrecha senda practicada en el terreno cortado, á cuyo extremo había una especie de puente hecho con piedras colocadas sin argamasa ni barro alguno, que se parecía mucho á los puentes de las aldeas de España. Al llegar allí, se paraban á contemplar el paisaje.

Los traseuntes escribían sobre las piedras de aquel puente, emblema de los tiempos pasados, su nombre, y las fechas en que lo hacían. París mostraba allí su desnudez de otros tiempos. Á dos pasos de aquel lugar se veían los grandes bosques de Sèvres, con sus diseminadas casas; á la izquierda y á lo lejos se dominaba el Sena, haciendo resaltar las colinas de Meudon, los tejados de pizarras, las altas chimeneas de las fábricas que elevaban su humo hasta el cielo, grupos de casas y de árboles, y París á vista de pájaro bajo un cielo alegre y puro.

Volvían á lo largo del Sena, escuchando el



ruído de los álamos movidos por el aire, cuyas copas, oscilando, se chocaban; viendo con alegría en una y otra orilla los animados grupos de trabajadores, cuyas populares canciones se mezclaban y se confundían. Un florido y hermoso manzano se elevaba al lado de un depósito de carbón. Melocotoneros, ya enrojecidos por el fruto, se apoyaban en la pared de una fábrica de productos químicos. El batir de las aguas se mezclaba con los refranes y canciones populares, ó con el silbido del vapor, formando todo un extraño ruido.

Los dos enamorados volvían una tarde contemplando estos encantos, cuando Roberto se encontró de pronto frente á frente con el recuerdo del pasado. Enriqueta sintió que el brazo en que se apoyaba adquiría cierto temblor nervioso. Miró á su primo, y vió que estaba pálido y con la mirada fija en un hombre que iba lentamente delante de ellos con la cabeza un poco inclinada.

Instintivamente preguntó á su primo:

—¿Qué tenéis?

El mismo instinto que la hizo formular aquella pregunta la hizo arrepentirse de haberla formulado.

Roberto la miró y trató de sonreír.

—Nada, un amigo que he perdido, y que creo encontrar ahora.

Continuó andando precipitadamente, y ella le siguió silenciosa.

Roberto había creído reconocer,—había reconocido,—á Thévenin. ¡Pedro Thévenin! ¿Thévenin en Saint-Cloud? (se decía.) ¡Thévenin, que acaso viviera allí! ¿Quién sabe? ¡Quizá viviera á su lado! Quería hablarle á todo trance, y siguió con precipitado paso hacia él. Éste estaba aún muy distante, y como si magnéticamente lo hubiera notado, volvió la cabeza y miró. Esta vez Roberto reconoció bien aquella honrada fisonomía. Thévenin pareció pararse un momento; pero en seguida precipitó el paso, y llegando cerca de la verja de salida del parque, desapareció entre un grupo de árboles, marchando por una de las calles que conducían á la ciudad. Roberto no le pudo alcanzar, y le perdió de vista. Quería interrogarle, pero él desapareció. ¡Ah, Thévenin! Era como un remordimiento viviente, que Roberto había visto levantarse en medio de sus alegrías. ¡Thévenin no le había perdonado!

Aquella aparición había sido para él lo que la del juez para el criminal.

Llegaron á casa sin pronunciar una sola palabra. Enriqueta iba á su lado, sin atreverse á preguntar nada. Se sentó en un sofá, y se puso á reflexionar, sosteniéndose la cabeza con

las manos. ¡Había en el mundo un hombre ante el cual era preciso enrojecer!... El tío Germán, que entró en el cuarto como una bomba, le encontró en aquella posición.

—¡Gran Dios! ¿Qué tienes?—le preguntó

—Nada,—dijo Roberto.

Se levantó, trató de desechar sus pensamientos, y acabó la respuesta con una pregunta:

—Y vos, ¿qué tenéis? ¡Parece que estáis muy alegre!

—¡Yo estoy encantado, embriagado! ¡He hecho un negocio de oro! ¡El señor de.... me ha comprado mi colección!

—¿Está vendida?—dijo Enriqueta lanzando un suspiro.

—¡Vendida! ¡Vendida en cuarenta y cinco mil francos, nada más! Vuestro imbécil tío es rico ahora, ¡cabezas de demonios!; y seguirá nueva vida ahora, os respondo de ello. Quiero hacer economías, ¡sí, economías!; es preciso saberse contener; ya tengo mucha experiencia, que me ha costado mi trabajo el adquirirla, y creo que el hombre necesita muy poco para vivir. ¡Pero que no falte nada ahora! ¡Cuarenta y cinco mil francos! ¡Ah! He tenido suerte. Sí, he reunido cuarenta y cinco mil francos, en monedas; es una fortuna. ¿Tú no

has visto nunca la colección? ¡Ah miserable, indiferente! ¡Espera un poco!

Salió rápidamente, diciendo desde fuera:

—Quiero preparar mis maravillas, para que las veas.

Enriqueta quedó sola con su primo. Miró á éste con sus grandes ojos, que parecían llenos de remordimiento por ser ella la causa de que el tío vendiera las monedas. Roberto lo comprendió así, y no se determinó á hablar.

—¡Pobre tío! (dijo Enriqueta.) ¡Su colección, que era su vida, la vende por mí!

—¿Por vos?

—Por nosotros,—dijo con voz casi apagada.

Roberto no quiso comprender, y se levantó para irse á reunir con el tío Germán. Enriqueta le detuvo.

—No (le dijo, moviendo la cabeza); esperad; dejadle obrar. Su dicha consiste ahora en sacrificar por nosotros lo que más ama en el mundo.

Roberto iba á contestar á Enriqueta, y la voz del tío Germán, que les llamaba, se lo impidió. Éste había preparado allí, como en la Panouze, sus monedas por compartimientos.

—Vamos, vamos á verlas,—dijo Enriqueta.

El tío estaba sentado en su sillón, con los brazos cruzados, contemplando las monedas

que había sacado de las cajas y esparcido por la habitación, para enseñárselas á Roberto y á Enriqueta, una por una. Ésta, que las conocía ya, las miraba con orgulloso placer.

Poseía una magnífica colección de monedas de la tercera raza, entre las cuales se veían muchas de plata de Enrique I, Felipe I, Luis VI, Luis VII y Felipe II; aneles de oro de Luis IX y de Felipe III, Felipe IV y Luis X; escudos de oro del León y del Angel, de Felipe VI; algunas *monedas gruesas, denarios y tornes* de Juan II, Carlos V y Carlos VI; escudos de oro de Carlos VI, Enrique VI, Carlos VII, Luis XI y Carlos VIII; *testones* de Luis XII, en donde apareció por primera vez el busto del soberano; escudos del sol con el puerco-espín, ducados de Milán, escudos de Francisco I con la Salamandra y la rana verde en *efigia*, *docenas de testones blancos y liards* de Francisco I, de Enrique II y de Francisco II; caballeros de oro, sueldos y monedas acuñadas en París (parisis) de Carlos IX; francos de plata de Enrique III; *testones* de Carlos X, y *liards* de Enrique IV; escudos de oro sencillos, dobles y cuádruples, francos, medios francos, cuartos de franco, escudos blancos de provincias, de Navarra, de Bearne, de Limoges con el escudo de los gladiadores, y las ocho *L* y las tres coronas; escudos de *carambole* de

Flandes, sueldos de Estrasburgo, etc., de Luis XIV; luses del sol y de la media luna, escudos de las tres coronas en campo verde, *pousiers* de diadema; sueldos y liards de Luis XV; escudos de seis libras, de tres libras, piezas de veinticuatro sueldos, de doce sueldos, de seis sueldos, de un sueldo y de medio sueldo de Luis XVI; y, en fin, el escudo de seis libras de Calonne, hasta la sustitución de la efigie real del genio de Dupré en 1792.

Pero la joya de esta colección, la perla, y por mejor decir *el pájaro raro*, era un franco de oro de San Luis, que un *amateur* parisien, M. B., compró últimamente en 1,200 francos. No existen más que tres de estas monedas en Francia. Germán Burat había adquirido ésta de un anciano cura, numismático también en sus buenos tiempos, que se la había legado al tiempo de morir.

Pero al lado de estas diversas piezas, Germán Burat había podido reunir un cierto número de medallas curiosas, que le entusiasmaban más que todas las otras monedas. La medalla habla siempre; la moneda es muda á veces; mientras que la medalla, que es menos preciosa como valor intrínseco, es más valiosa como recuerdo histórico. ¡Cuántas veces Germán había mirado lleno de curiosidad aquellas medallas, que parecían contarle elocuentemen-

te el pasado! ¡Cuántas veces había explicado á Enriqueta, que le escuchaba atenta y con interés, su procedencia y sus enigmas, sus divisas en latín y sus inscripciones casi ininteligibles! Germán lá conducía, á través de los siglos, desde Carlo-Magno, que llevaba en su cabeza una corona de laurel, y que aparecía imberbe y con cierta semejanza con César, conteniendo estas inscripciones: *Karolus Magnus Renovatio, Regni Fran.*; hasta las medallas humanitarias que los nobles enloquecidos por la filosofía de J. J. Rousseau hicieron acuñar con las inscripciones elséanas: *Á la Humanidad, El Buen Viejo, la Fiesta de las Buenas Gentes, el Buen Padre, la Buena Madre, la Buena Hija*, precedida de las medallas dedicadas á Marat y á Miguel Pelletier. Le gustaba pararse delante de aquellos pedazos de bronce; todos significaban algo importante ó glorioso del pasado. Allí estaba Juan Boccace, representado en 1374, vestido con un traje largo y con laureles sobre el capuchón que cubría su frente, una larga capa sobre sus hombros y la mano apoyada en un libro. También estaba allí Erasmo (1519), con su cara larga, fina y burlona, con su birrete de doctor y su traje adornado de pieles. La medalla de Rabelais (1533), llevando en su reverso un gallo que miraba á una zorra vestida de pastor, como

el *guillot* de La Fontaine, y esta inscripción: *Cave. Fictus fallit amictus*. Antonio, bastardo de Borgoña, apellidado *El Grande* (1514), enseñando su ruda cabeza, de rasgos enérgicos, llevando en un estandarte, enarbolado con orgullo, esta divisa: *Nul ne si frote*: después de éste, Juan Calvino (1564), con su cabeza puntiaguda, cabeza de rabino, manifestando una maldad infinita. Diana de Poitiers, medio desnuda, pisoteando el amor, como Miguel el dragón, con esta divisa: *Omnium victore vici*, «*He vencido al vencedor*», y parecía sonreír al lado de Pedro Aretin (1558), con larga barba, fiera mirada, una cadena de oro al cuello como una argolla, llevando en el reverso *La verdad derrota al demonio*, con estas inscripciones: *Veritas odium parit*: «*La verdad crea el odio*». ¡Pobre crítica, anotada por la historia, que debía ser rehabilitada como Fréron! Después Juan Francisco Trivulce, marqués de Vigevano, con los cabellos claros, la barba larga y hermosa, y una armadura preciosamente cincelada, parecía animar el porvenir con su grito: *Fui sum, et ero!* Catalina de Médicis, con traje de luto. Juan Fernberg, arrojando *un áncora* á una estrella. Alberto, archiduque de Austria (1596), corrigiendo el orgullo de César, con esta inscripción: «*Vine, vi y Dios venció*». Enrique IV, enarbolando dos cetros,

protegidos por una sola espada. La pobre Catalina de Borbón, duquesa de Bar (1598), fea hasta causar espanto con su horrible nariz, haciendo frente á las tres *Gracias*, con una energía que parecía más bien una ironía: *Une ou Quatre*. Tenía, en fin, una serie de curiosos recuerdos de medallas raras. Desde la medalla acuñada en honor de Bramante, hasta Luis XIV, constituían esta admirable colección. Era casi increíble la habilidad que tenía para dar realce á estos objetos.

Los ojos del coleccionista brillaban, se animaban; se levantaba, iba, venía, peroraba, hacía algunas exclamaciones y se extasiaba. Parecía un general, llamando á cada uno de sus soldados por su nombre. No estaba un momento quieto, y decía con grandes voces:

—Me es indiferente deshacerme de esto. Después de todo, mi colección no pasará á manos de un ingrato. El señor de \*\*\* se ha comprometido á darla mi nombre: *Colección de Germán Burat*. Por consiguiente, me pertenecerá siempre, sólo que tendrá un conservador. ¡Ah! (Y se paró delante de Roberto.) Es necesario que te diga por qué he vendido la colección. ¿No lo sabes? ¿No lo adivinas? ¿Ves todo cuanto he hecho? Pues ha sido por el dote de Enriqueta.

—¡Ah!—dijo Roberto, que se sentía profundamente conmovido.

—¡Su dote, sí, su dote! Tu dote, hija mía,—dijo el tío Germán, cogiendo las manos á Enriqueta, que había palidecido.

—¡Cuarenta y cinco mil francos! Es ya algo, ¿eh? Pudiera haberla dotado en más. Pero soy un viejo loco, sí, *saperjéu*, un loco gastador, pródigo y estúpido. Lo sé. ¡Ah! ¡Si no hubiera tenido la buena idea de coleccionar esas monedas!.... Esto rehabilita á mis propios ojos esa manía, porque es una manía.... ¡Ah! Ahora mi querida Enriqueta tendrá un dote (el tío Germán guiñó picarescamente los ojos); *saperlipopette* tendrá un marido.

No echaba de ver que la pobre Enriqueta se estrechaba instintivamente contra él, y temblaba como la hoja en el árbol movida por el viento. El tío Germán había conseguido su ideal, y en su entusiasmo no se daba cuenta de lo que pasaba por Enriqueta, ni del embarazo de Roberto, que estaba pensativo y con la cabeza baja.

—¡Y ese marido, bien lo sabes, eres tú!—dijo el tío.

Roberto levantó la cabeza, apareciendo su rostro un tanto animado; sentía que sus piernas vacilaban, y creyó soñar. Miró á Enriqueta, enrojecida y silenciosa, cuyo corazón latía

con fuerza, esperando una palabra, una respuesta.

—Y bien....—dijo el tío Germán al cabo de un instante.

—¿Me amáis, Enriqueta?—preguntó Roberto.

Ésta, levantando sus hermosos ojos negros, los fijó en el joven, y con una fisonomía llena de dicha y de esperanza, contestó:

—Os he amado siempre.

—¡Ah! (exclamó Roberto, demostrando aún en esta exclamación tristeza y duda): ¡tened cuidado, Enriqueta! ¡Reflexionad que no me conocéis!

Adelantó hacia él con modestia, le alargó la mano, y con honesta sonrisa:

—Roberto (le dijo), os conozco y os amo. ¿Creéis que no lo he adivinado todo? Habéis sufrido, y nada me habéis dicho. ¡Pero lo sé todo, y estoy aquí para curaros!

—Veamos (dijo el tío Germán, que sentía irsele la vista). ¡Abrázala! ¿Ahora estarás bien seguro de que te ama? Esto es hecho.

Roberto no resistió más. Los encantos de Enriqueta le habían seducido; además, le atraía hacia ella esa especie de culto que profesaba á los recuerdos de su infancia. Su corazón se ensanchaba al oírle hablar del país, del pasado, de sus correrías por los campos, de los

nidos de pajaritos que cogían, de los higos y frutos cogidos de los árboles por Roberto y depositados en el delantal de Enriqueta, y de las moras, con las cuales se manchaban la cara, riendo á carcajadas. Á medida que ella evocaba todos estos pequeños detalles del pasado, que estaba tan acostumbrada á mirar y á acariciar, él se desvanecía, y fortificaba su corazón con los recuerdos de aquellos deliciosos días de otros tiempos, hasta el punto de olvidar por completo los reveses de la fortuna por que había atravesado. ¡Ah! ¡Cuán dulce le era sumergirse en este piélago de pureza! Su cuerpo estaba allí, y su pensamiento recorría, con los recuerdos de Enriqueta, aquellos hermosos prados en que se había revolcado tantas veces siendo niño por encima de la grama.

Sus heridas pasadas se habían cicatrizado como por mágica influencia, y en aquel corazón, que él creía muerto, se encendía un nuevo amor poderoso: amor que había germinado por la pureza y el candor de Enriqueta, cuya sonrisa era para Roberto un bálsamo de consuelo, una gota de elixir de vida sobre sus secos labios. Comprendía que su existencia entera estaba subordinada por completo á esta pura y honesta pasión. El recuerdo del pasado, las fiebres de la víspera, las amarguras su-

fridas, se habían borrado de su mente. ¡Se creía incapaz de abrigar un nuevo amor, y se veía de pronto animado por una pasión celestial, un amor capaz de causar envidia al mismo Cupido!

Cuando Enriqueta le confesaba la pureza de la afección que sentía por él, dilatábase su corazón y lloraba de placer, sin poder contener la emoción que embargaba su alma. De tal manera se reflejaba su alegría en todo su ser, que, al presentarse en la redacción del periódico en que colaboraba, le preguntaron que si había logrado la realización de sus ideales. Verdaderamente, Roberto se había transformado: estaba satisfecho y casi loco de alegría, deseando concluir sus quehaceres para volver lo más pronto posible al lado de las personas que constituían su dicha.

Pasaban la velada juntos; mientras que Roberto leía, el tío Germán escuchaba la lectura, y Enriqueta se entretenía en hacer algunas labores.

El tío Germán cogía algunas veces el libro, cuando Roberto, distraído, se ponía á hablar con Enriqueta. ¡Tenían tantas cosas que decirse! La joven sabía que una parte de la vida de su primo no había sido consagrada á ella; pero no preguntaba nunca nada. Un día se lo refirió todo Roberto; sus sufrimientos,

su cólera, sus dudas, su desesperación y sus lágrimas. Enriqueta se aterró.

—¡Y yo que os creía dichoso! ¡Cómo me equivocaba!

—¡Dichoso!—dijo Roberto, moviendo la cabeza.

—Pero ahora olvidaréis todo eso, ¿no es verdad? (dijo ella vivamente.) Ahora no pensaréis más que en mí, y no tendréis nada que temer.

Roberto escuchaba aquellas agradables palabras, que sonaban en sus oídos como una dulce música, y contemplaba su sonrisa. Hubiera querido que le repitiera un millón de veces aquellas mismas frases. Estaba embriagado de placer, placer que algunas veces le causaba miedo. ¡El pasado! Puesto que el pasado existía aún, ¿no podía aparecer de nuevo? ¡Buen testigo de esto el encuentro con Thévenin! No, imposible. Y si volviera á encontrar á Thévenin, él se apresuraría á pedirle perdón; pero ahora lo hacía en nombre de Enriqueta, que le prodigaba sus consuelos; llevando la tranquilidad á todo el que sufría.

Este nuevo amor, este tranquilo y profundo amor, le hacía entrever la verdadera felicidad. ¡Cuánta tranquilidad en su alma, poco antes tan agitada! Después del torrente, del ruido y de la espuma producida por la agita-

ción, el lago apareció tranquilo, silencioso, lleno de poesía, meciendo suavemente la barca que momentos antes había intentado estrellar contra las rocas. Roberto no se entregaba ahora jamás al sueño antes de haber saboreado de nuevo, reproduciéndolo en su imaginación, el recuerdo de la llegada de su tío y Enriqueta, y de las alegrías que le habían traído. No dejaba pasar ni un solo día sin hablar largamente con Enriqueta, sentado á su lado ó paseando por el bosque con ella. Cada uno por su parte formaba sus castillos en el aire, pensando en el porvenir.

El tío Germán, ya repuesto de la emoción que le había causado la venta de sus medallas, les seguía sin pronunciar una palabra, contemplándolos y admirándolos cogidos del brazo. Iba detrás como por atracción, oyendo, sin querer, los coloquios de amor que sostenían, y estaba muy satisfecho por lo que había contribuido á la dicha de sus sobrinos.

—¡Ah! ¡Qué bueno es labrar la dicha de los demás!—decía andando con lentitud.

El sol penetraba por entre el bosque á través de las hojas, del follaje, yendo á dorar con sus rayos las florecillas que crecían entre la inculca hierba. Se oía el gorjeo de los pájaros y el murmurio del agua de las fuentes y los lagos, que formaba, con el de las

hojas movidas por el viento, un armonioso y agradable ruido. El sofocante calor que se desprendía de la tierra se suavizaba por un viento fresco y perfumado por las flores. Roberto exclamó, olvidándolo todo:—«¡Mi corazón se ensancha; ya no sufro; decididamente soy dichoso!»

## XII.

Por muchos infortunios por que atravesase el hombre, llegan algunas horas de alegría para él, que son como un descanso en un día de fatiga, y en los cuales se hace la ilusión de que ha vivido feliz. Él, tan activo, nervioso, en movimiento constante, con una excitación continua, se sentía ahora invadido por una languidez dulce y acariciadora, nacida de un amor profundo y tranquilo. Sentía la penetrante voluptuosidad que se experimenta al tomar un baño bajo las sombras de árboles aromáticos (aspirando el perfume de las flores) en un caluroso día del estío. Los insomnios embargaban sus sentidos por un exceso de dicha; los pensamientos le sonreían, y contemplaba su felicidad con igual alegría que contempla el naufrago la tierra cuando la ve cerca.